

DIRECTORA:
CALLE CALLE DE QUINOS
Apartado 1239
OFICINA mi casa de
habitación N° 2730
Teléfono 3707
ARRIO: LA California
v. 1ª Calles 27,29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA LA ESCUELA

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 12 de Enero 1947

No. 715

(186)

El Rosario de mi Madre

dieces del Rosario de María
saben, al pasarlos por mis manos,
no los besos que la madre mía
me daba cuando, niño, me ponía
sentado en sus rodillas a enseñármelos!...

de vez de veces le sorprendí en sus dedos
sartadas las cuentas!...
otras, tantas con movimientos quedos,
me ví pasar en sucesivos ruedos
los manojos de rosas, rezos hechas!..

en la familia rezábamos sus hijos
en el santo abrigo del afán nocturno...
más hubo trabajos tan prolijos
que no eximiesen de aquellos rezos fijos
tan siquiera a uno.

las cosas de la niñez, nostalgia todos,
la época inolvidable de inocencias,
y ella me nos habla, con infinitos modos,
de aquel simple vivir, limpio de lodos,
de esto vivir de nuestra edad primera!...

hoy aún conservo entre mis viejas cosas
la débil voz de aquel tiempo ya lejano—
como un puñado de marchitas rosas,

las cuentas, todas negras y mugrosas,
de mi pobre Rosario!...

Es el recuerdo de mi madre muerta
que a todas partes llevaré conmigo...
cuando mi mano a recorrerlo acierta,
¡ay!, me parece que ella se despierta
y comienza a rezarlo con su hijo!

Ella quiso bordármelo de flores
y le fué despuntando los abrojos;
pero el dolor de todos los dolores
me lo causó el amor de sus amores
cuando, ella muerta, me dejó tan solo!...

Lo cuelgo de mi pobre cabecera
todas las noches antes de acostarme...
está fijo de un clavo y sólo espera
a que haga Dios sonar mi hora postrera
como lo hizo con mi santa madre!...

Los dieces del Rosario de María
me saben, al pasarlos por mis manos,
como los besos que la madre mía
me daba cuando, niño, me ponía
sentado en sus rodillas a enseñármelos!...

Fray ANGEL SAENZ, A. R.

Junto al Sagrario

Por María de Echari. Terciaria Franciscana

¡Junto al Sagrario! Cuando la vida va declinando... Cuando los años son muchos... Cuando el corazón se siente cansado y pretende la tristeza reemplazar la alegría de la juventud, de la edad madura, porque son tantas las hojas arrancadas por el huracán de la lucha humana al árbol de las ilusiones, que frondosas lo cubrieron...

Cuando ya lo de la tierra no va teniendo interés, porque se ve lo poco que vale, lo vacío de lo humano, y se han palpado las decepciones de las criaturas a las que se dió lo que ellas no agradecen, por lo general, haciendo una excepción con el corazón de la madre que siempre da más que lo que a ella se la da, entonces... los que por la Misericordia Infinita de Dios sabemos buscar el verdadero y único apoyo y consuelo, nos encaminamos a la Casa del Señor, penetramos en la capilla silenciosa y recogida, y nos acercamos cuanto podemos al Sagrario... porque en el Sagrario se encuentra todo lo que necesitamos y allí nos espera Aquel, que siempre es el mismo, para el que no importan ni molestan los muchos años, para el que acoge nuestra llegada con amor, aunque tantas veces le fuimos desleales e ingratos... para el que no cuentan los achaques, que en la tierra son un obstáculo que nos van separando de aquello que hacíamos antes... y luego ya no lo pudimos hacer porque otros más jóvenes, es natural, si bien sea humanamente doloroso, lo harán en nuestro lugar... ¡Todo se encuentra junto al Sagrario!

Así como cuando el Maestro Divino pasaba por los campos de Galilea, o entraba en los pueblos y ciudades, los enfermos acudían a El, los tristes se le acercaban, los pecadores se atrevían a confiar, así ahora en el Sagrario, el mismo Maestro Divino y bueno, recibe a todo el mun-

do, a todas horas, no se cansa de escuchar, no nos despacha con un "tengo tanta prisa...", "yo bien quisiera atenderle, pero... tengo los minutos contados", "he de oír a otros...".

¡Oh, no, no...! Ni tiene prisa, ni tiene los minutos contados... ¡es Eterno! ni ha de desoírnos porque otros reclaman su atención... Si tuviera preferencias, las tendría—y hágamonos la dulce ilusión de que las tiene— con los que vamos a El cansados de la batalla en la que quedaron giros del alma, sangre del corazón; con los que nos acercamos en pleno declive y por tanto más necesitados de cariño y de apoyo que la gente joven, con sus fuerzas físicas y sus ilusiones y entusiasmos; porque además llevamos vacíos que la muerte de jé en nuestro caminar, llevamos tristezas que el mundo no puede consolar, que sólo la delicadeza Suya, la de Jesús, que ve hasta el fondo, que escudriña repliegues y rincosillos que nadie conoce, comprende y consuela y mitiga.

¡Oh, si nos acercásemos más al Sagrario!... Si viviésemos más la vida de Sagrario... Si nos habituásemos a contar ante todo y principalmente con El, no con las criaturas... ¿No os ha sucedido nunca llegar con afán, con ansias de que os escuchen unos momentos, o para gozar con lo que en ese instante os hace gozar, o para sentir con lo que os hace casi llorar, y encontraros con que no hay oídos para escucharos, con que no hay tiempo, ¡la vida es tan complicada ahora!, con que no interesan vuestras alegrías o vuestras penas, o si interesan están en la superficie que no calma vuestro anhelo?... ¡Saber escuchar!

Yo recuerdo haber leído en esos libros tan encantadores, tan suaves, tan de Dios, "Arenillas o Pepitas de oro", que de las dos maneras se ha traducido el título, es-

critas por un sacerdote que era un santo... un santo al estilo del Señor, habiendo bebido en su corazón el agua de la Bondad y de la Dulzura, en que se decía algo sobre el arte de saber escuchar y del bien y consuelo que esto proporciona.

Para un pobre a quien socorremos es a veces más que la misma moneda que le damos... Para el que necesita ayuda, consejo, aliento, consuelo ¡qué caridad es que le sepamos escuchar sin demostrarle que nos pesa su charla, su confidencia, porque... el tiempo vuela, el minuterio del reloj pasa rápidamente... y son tantas las cosas que hay que hacer! Una de ellas sería que diésemos ese pedazo de pan de interés y cariño...

Pero si, en general, los hombres no lo dan, siempre lo hallaremos junto al Sagrario... Jesús no tiene prisa, ya hemos dicho... Jesús no se cansa..., aunque le cansemos un día y otro día... Y un ratito junto al Sagrario resolvería muchas de nuestras preocupaciones, alentaría nuestras fuerzas morales, daría paz y gozo a nuestros corazones.

¿Por qué no sabemos vivir más vida de Sagrario?

Son horas las de estos momentos difíciles, graves; el horizonte mundial aparece ennegrecido; pero hay que orar mucho, hay que levantar el corazón hacia el cielo, hay que confiar más que nunca en Aquel que tanto nos ama y nos dijo: **Vengan a Mí, todos los que están agobiados por las penas, por los dolores, por los trabajos de la vida... y Yo los aliviaré** "

Sí, sí, vayamos mucho al Sagrario los jóvenes y los que ya no lo somos hace tiempo... Sobre todo, nosotros que hemos combatido más, y seguiremos combatiendo mientras el Señor nos dé Cruz, por El y su causa, pero que llevamos en el alma anhelos y ansias de esas delicadezas, de ese amor, de ese hacerse cargo, de ese consuelo que —no le demos vueltas— en la tierra, no los encontraremos..., sino a través de la puertecita dorada del Sagrario, porque en el Sagrario está Jesús..., y en Jesús lo hallaremos todo.

El Hombre Milagroso de Montreal

Por FRANK SHEEDY.

Un sencillo campesino canadiense de origen francés, tenía 25 años de edad cuando, sin saber aún leer y escribir fué admitido como hermano lego por el superior

de los padres de la Santa Cruz, en Montreal. Recibió el nombre de Hermano Andrés, y se le dió el cargo de portero y barbero en el colegio de Nuestra Señora, al pie del Monte Real; y a su muerte, habiendo estado seis días de cuerpo presente, más de un millón de personas desfilaron frente a su ataúd, para rendirle un postrer homenaje.

Desde que entró en la comunidad, sus compañeros no dejaron de impresionarse por la piedad del Hermano Andrés. Mucho era lo que oraba, a veces a expensas del tiempo de alguno de sus compañeros, a quien le recomendaba cuidar la puerta mientras él iba a la capilla. Su tiempo libre lo dedicaba a visitar a los enfermos

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO



de la ciudad. Declaró a sus amigos que tenía dos grandes propósitos en la vida: uno era dar a conocer mejor a San José, padre adoptivo de Jesús, y el otro, ayudar a los enfermos.

Vagos rumores llegaron al colegio de que uno de los hermanos había curado a ciertas personas, pero nadie dió a esto gran importancia. Todas las curaciones que realizaba las atribuía a San José.

Una de las curaciones típicas que se atribuyeron al Hermano Andrés, fué la curación de Jacobo Chambeau, un campesino del Canadá, de mediana edad, que fué arrollado por su máquina segadora, dejándolo completamente inválido. Chambeau fué, tambaleándose sobre sus muletas, hasta el Hermano Andrés.

"Deje usted sus muletas", ordenó Andrés, "y mañana continúe su trabajo".

Al siguiente día, el campesino inválido unció sus caballos y, como pudo, siguió penosamente tras el arado. Fué un trabajo torturante, y su familia le reprochó su tontería. Chambeau siguió confiado, aun cuando aquella noche tuvo que irse arrastrando hasta su cama. Al levantarse a la mañana siguiente, según rezan los testimonios, estaba completamente curado.

Un día el Hermano Andrés se hallaba entre sus compañeros muy afeitado bariendo la sala, sin darse cuenta de que se le acercaban tres personas: dos de ellas soportando a una mujer, completamente tullida.

"No puedo andar muy bien, y vengo a hablar con el Hermano Andrés". "Yo soy el Hermano Andrés", dijo el portero, mirando atentamente a la señora. "¿Está usted segura de que no puede andar? Creo que podría andar usted si lo intentara; vaya usted hasta la capilla y diga una oración".

La mujer caminó sola, aunque tambaleándose, con sus compañeros al lado, para detenerla si caía. En cuanto ella entró en la capilla, el Hermano Andrés volvió a tomar su trapeador. Unos momentos des-

pués, la mujer volvió andando, sin fallas y con firmeza.

"Hermano: Me dijeron que usted podía curar —le dijo—; ahora sé que usted lo puede". El hermano Andrés movió su cabeza austeramente: "No, yo no la he curado; ha sido San José".

Se extendió el rumor de que existía un curador maravilloso, milagroso, en el Colegio de Nuestra Señora, y las gentes empezaron a llegar por grupos, tanto, que llegó a suscitarse una controversia entre los religiosos, que aseguraban que todo era asunto de superstición, y otros pretendían que el Hermano Andrés se aprovechaba de la simplicidad de las gentes, para hacerse reclamo. Los periódicos empezaron a hablar del asunto, y el Colegio no era ya un lugar quieto para el estudio; sucedían cosas extrañas. Con la sola palabra del Hermano, los ciegos veían, desaparecía el cáncer, se soldaban los huesos y se curaban inmediatamente enfermedades muy antiguas.

Pero el Hermano Andrés zanjó la controversia con dos curaciones que hizo en el mismo Colegio. El Padre Louage se rompió una pierna a consecuencia de una caída, pero el Hermano Andrés acudió a su cuarto. "Sólo siento que no podré ir a la capilla para la fiesta de mañana", le dijo el Padre Louage. "Usted irá", replicó el Hermano Andrés. Al siguiente día, el Padre ecónomo se halaba en la capilla; había sido totalmente curado.

Un joven estudiante se hallaba en la enfermería, presa de una fiebre maligna, obligado a permanecer en cama por muchos días. Cierta tarde, durante el recreo, el Hermano Andrés vino a verlo. "¿Qué es lo que le pasa, hermano?" "Estoy muy enfermo". —Levántese. —El doctor no me deja... —No importa el doctor; salga usted y tome su recreo". El muchacho hizo lo que se le indicaba, pero fué descubierto poco después por el enfermero horrorizado. Le ordenó otra vez que se metiera en cama, y se llamó al doctor precipitadamente. Des-

pués de un perfecto examen, el médico, todo perplejo, declaró que la fiebre había desaparecido totalmente.

Para realizar sus curaciones, el Hermano Andrés exigía sólo un requisito: fe. Tanto Europa, como Norte y Sudamérica, supieron de los miles de inválidos que desahuciados por la medicina, vinieron a ver al portero.

Cierto día, cuando visitaba a un amigo en Ottawa, un periódico local dió la noticia del nombre y dirección de Andrés, y cuando llegó la noche, había recibido a mil cuatrocientas personas. Esto excitó la curiosidad de la fraternidad médica. El Hermano Andrés fué preguntado y examinado en todos sentidos, y no dejó de irritar a algunos médicos por su simplicidad. "Después de todo —les dijo— yo nada tengo que ver con las curaciones; el que las hace es San José".

El Hermano Andrés era jovial y alegre, pero nada práctico. Tenía la intención de erigir una gran Basílica a San José, y para este fin había ahorrado todos los níqueles que recibía por cortarles el pelo a los estudiantes. Cierta día le confesó a su superior este deseo. —¿De dónde va usted a sacar el dinero?, le preguntó el superior. —Yo tengo el dinero. —¿Cómo así?, ¿qué tanto?—Doscientos dólares.

Esto pasaba en el verano de 1904; empezó a trabajar solo; luego vino otro hermano a ayudarlo. Finalmente llegó a él un albañil: "Me llamo Polidoro Beaulne; soy albañil de oficio; usted curó mi pierna, y

ahora yo quiero ayudarlo a usted". Comenzaron la pequeña capilla, la que fué creciendo por más de treinta años, hasta que llegó a ser el remate del pico del Monte Real en una magnificencia de piedra y mármol, que rivaliza con cualquiera otra en el mundo. Y el pequeño montón de níqueles se ensanchó, hasta constituir millones de dólares, que se vertieron en la Basílica que lleva el nombre del gran amigo del hermano Andrés: San José.

Por supuesto que muchos visitantes que solicitaron curación del piadoso hermano, volvieron sin encontrar notable mejoría. Otros fueron curados mucho después de haber vuelto a sus casas.

El Hermano Andrés era pequeño de estatura, pero su resistencia en los 67 años que pasó en la Congregación de la Santa Cruz, no tiene igual: Dormía dos o tres horas de cada veinticuatro, y dedicaba las noches a la oración y a la meditación; su alimento era increíblemente simple; unas cuantas sencillas galletas le bastaban generalmente, y más tarde, cuando dejó el Colegio de Nuestra Señora y fué a vivir al oratorio de Monte Real, su ración semanal era una cacerola de papas que preparaba el lunes en la mañana.

Sus espontáneas mortificaciones consistían en una camisa rasposa y algunas cadenas, de las que pocos tenían noticia. Cuando viejos amigos lo visitaban, acostumbraba iniciar sus conversaciones con alguna broma. Sus chistes, se ha dicho, eran de cepa venerable; no usaba la cama,

BETTINA DE HOLST HIJOS

le ofrecen: Artículos de Primera Comunión
Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteles y otras labores
estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

pues generalmente dormía en el suelo, y no era raro verlo en las noches de invierno bajo una regadera helada tomar un baño.

Miles de curaciones le atribuyen al Hermano Andrés. Al establecerse la eficacia del poder de Andrés, se han descartado oficialmente todas las curaciones que no hayan sido atestiguadas, examinadas y aprobadas por autoridades médicas y jurídicas; si se informaba que las curaciones habían sido posibles por medios naturales, se les desechaba inmediatamente. Pero el "clímax" de sus maravillas no termina con su muerte. Durante el año siguiente a su fallecimiento, 16,393 personas agradecidas escribieron al Director de la Basílica de Montreal, afirmando que habían recibido beneficios después de invocar en sus oraciones la ayuda del Hermano. De este número, 501 casos fueron atestiguados como curaciones extraordinarias. Cada año desde entonces, el número ha ido en ligero aumento. Hoy, largas peregrinaciones de cojos, inválidos y ciegos dirigen sus pasos hacia los declives de Monte Real (Mont Royal). El Hermano Andrés no está allí para saludarlos con su a-

legre sonrisa y sus palabras joviales, pero cada peregrino tiene la sensación de que su espíritu está allí, para ayudarlo y reconfortarlo.

Cuando la vida del Hermano Andrés sea examinada por la Congregación Católica de Ritos, para establecer sus merecimientos y colocarlo en el calendario de los santos, se nombrará un funcionario que llevará el infamante título de "advocatus diaboli", defensor del diablo. Este funcionario sacará a luz y hará mucho ruido con alguna debilidad o pecadillo en la vida del buen Andrés. Procurará, por todos los medios legítimos echar abajo la evidencia de su santidad y procurará endemoniadamente probar que el Hermano Andrés fue un impostor, un charlatán, un buscador de notoriedad o cualquiera otra cosa malévolas que pueda entrar en su espíritu oficialmente incrédulo.

Pero entonces las grandes masas de canadienses-franceses, que el pasado verano asistieron a una serie de celebraciones para conmemorar el centenario del nacimiento del Hermano Andrés, os dirán: "Ese defensor del diablo va a tener que pasar las de Caín".

El Consejo Maternal

Vén para acá, me dijo dulcemente
Mi madre cierto día.
(Aún parece que escucho en el ambiente
De su voz la celeste melodía).

—Vén y dime qué causas tan extrañas
Te arracan esa lágrima, hijo mío.
Que cuelgan de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer en el alma de sus hijos
Como tú en la Cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Vén para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo,
Yo prorrumpí a llorar.—Nada, le dije,

La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón y ¡lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
Se turbó la pupila,
Y enjugando sus ojos y los míos.
Me dijo más tranquila:

—Llama siempre a tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta o viva;
Si está en el mundo a compartir tus penas,
Y si nó, ¡a consolarte desde arriba!...

Y lo hago así cuando la suerte ruda
Como hoy perturba de mí hogar la calma;
¡Invoco el nombre de mi madre amada,
Y entonces siento que se ensancha el alma!

OLEGARIO V. ANDRADE.

San Francisco y el Ruiseñor

Por la Condesa de Pardo Bazán

En el monte, al promediar sosegada noche de verano, departían Francisco y el amado compañero Fray León, contemplando el firmamento adornado de innumerables luces, el gran concierto de los eternos resplandores, y el girar de la plateada rueda de la luna, cotejando quizá la maravillosa y concorde proporción de los astros y los cielos con la bajeza de la tierra, menudo átomo perdido en el espacio, a tiempo que un ruiseñor comenzó a verter desde un árbol próximo melodioso raudal de notas, con tal dulzura moduladas, que el ánimo suspendían. "¡Oh, hermano León! — exclamó Francisco, — ¿no escuchas a ese ruiseñor cómo nos convida a que le ayudemos a loar a Dios? Cantemos, León, cantemos". "Yo no sé cantar — dijo

León; — canta tu, que tienes voz sonora

Sintióse Francisco trovador otra vez, y entre el silencio y poética melancolía de la serena noche, cantó improvisadas estrofas porfiando con el pájaro. Enmudecía éste cuando Francisco alzaba su voz, y al callar el santo tornaba el ave a sus perlados arpegios. Largo duró el torneo, creciendo a cada paso la destreza de los combatientes; pero a Francisco iba ya faltando estro y voz, mientras la filomela, con garganta cada vez más ágil, con brío mayor, entonaba sus candenciosos acordes: la naturaleza triunfaba del arte humano. "Venciste, hermano ruiseñor" — dijo Francisco. Y llamando al ave, acaricióla con extraña alegría.

La Condesa de Pardo Bazán.

El Vino

Plaga Social.—Una de las plagas sociales que invaden el mundo en nuestros días es la embriaguez, el alcoholismo. No sólo las clases plebeyas en las cuales por muchas razones es más comprensible este desorden, sino las mismas clases elevadas y que pretenden pasar por finas y sobrias y limpias van marcadas con esta mancha. Y ¡oh vergüenza! hay pueblos en donde los señoritos hacen gala de ponerse beodos. Y aun a veces hasta las señoritas, si no llegan a estos extremos, hacen gala de saber beber y hasta de ponerse alegres. La última moda es el High-ball, bebida de hombres y no de mujeres finas, delicadas.

Peor que la guerra.—Con números en la mano aseguran los estadistas que el alcoholismo produce más víctimas que la guerra. Una nación que en la pasada guerra perdió millón y medio de hombres calculaba que desde 1870 a 1914 había perdido por el alcoholismo nueve millones de personas.

Plaga carísima.— Los datos de una nación no grande eran que se habían gastado en ella 3.080 millones de francos en cerveza; 825 millones en vinos; 700 millones en licores; total, suponiendo que los cálculos están hechos por lo bajo, unos 5.000 millones en alcohólicos; que corresponden a unos 700 francos por persona y 3.000 por familia.

Vicio degradante.—Todos los vicios lo son; pero éste lo es de un modo especial, que reduce al hombre a un estado ridículo y despreciable. Hasta el nombre de borracho y de borrachera es de los que no se puede decir sino con parsimonia y casi pidiendo dispensa. El espectáculo de un bebedor es de lo más repugnante: un hombre vacilante, embobado, idiota, que camina tambaleándose o que se derrumba por los suelos, haciendo reír a los niños y a los varones. El hombre bebido, aun sin llegar a perder del todo el juicio, es un ser deteriorado: el andar se entorpece, la mi-

rada languidece y se marchita, los labios se entumescen y cuelgan, la nariz se agranda, el rostro se requema, los músculos se relajan, los movimientos vacilan, los miembros tiemblan inciertos, la cabeza pesa, el aliento hiede.

Destrozo interior.—Esto en lo exterior. Consiguientemente en lo interior todo lo que es peculiar del hombre: el entendimiento, la voluntad, el carácter se desquician. La memoria se desordena, la inteligencia se confunde, la reflexión se hace imposible, la prudencia se va, la circunspección se disipa, la vergüenza se hunde, el descaro alza la frente, el atrevimiento, el desenfreno guían al hombre. A medida que entra el vino por la boca sale la razón por la cabeza.

Pecado capital.—El exceso en la bebida es un pecado capital, fuente y raíz de muchos pecados. Es la gula en su parte más nociva. Fuego es el vino, fuego es el alcohol. A medida que el hombre bebe vase encendiendo el organismo humano y las concupiscencias encendidas con este fuego, rugen y flamean sin perdonar nada, e inducen al bebedor a todos los vicios y pecados.

El vino y la tira.—Las reuniones de los alcohólicas es un incentivo de la concupiscencia. Baco es el más íntimo y torpe amigo de Venus. La fantasía envuelta en vapores del vino marea al hombre y le empuja a la deshonestidad: en las cenas vinosas y alcohólicas brillan los ojos impúdicos, ríen los labios torpes, borbollan las palabras atrevidas, brotan las canciones sensuales, arde sensiblemente la sangre, revuélvese el amor carnal, piérdese la vergüenza, adelántase el atrevimiento, ciégase la pasión y atropella por todo. Por eso los que explotan a los viciosos procuran unir las tentaciones de la bebida con las de la deshonestidad.

El vino y la tira.—Las reuniones de los bebedores son las más abundantes en pendencias, reyertas y maldades. Es frecuente que quienes han de arremeter algún

trance difícil, alguna pendencia fuerte, se preparen con el alcohol. Insultos, enfados, discusiones, violencias de palabras y de obra son las malas hierbas que riega y fecunda el vino. ¡Cuántos asesinatos y maldades se deben al vino y al alcohol! . . .

El vino y la pereza.—El bebedor por maravilla será cumplidor de su deber. La bebida, en primer lugar, ella misma quita mucho tiempo. Además, como relaja todo el organismo, aun sin llegar a la embriaguez, quita las ganas de hacer nada, priva de la atención a los negocios, perturba la precisión y el acierto en la ejecución; entorpece los músculos; encharca todas las facultades; infunde letargo y sopor en todo el ser. Nada más frecuente que el abandono del deber de parte de los que se dan a la bebida. Su misma sed de beber, que se les hace habitual, los distrae continuamente y desgana.

El vino y la conciencia.—En fin, el vino priva al hombre de la reflexión y de la conciencia. El bebedor cuanto más bebe tanto es más inconsciente. Y como la conciencia es el fundamento para todo bien, y la inconsciencia el mejor terreno para el mal, la bebida es una exposición para toda culpa.

El vino y la familia.—Sobre todo el alcoholismo destruye la familia. No veréis ninguna familia dichosa donde haya un bebedor. Ninguna mujer debería jamás casarse con ningún vicioso. Pero mucho menos con ningún jugador o bebedor. Donde hay bebedores la hacienda se perderá, la paz desaparecerá, el sosiego se romperá, el amor se apagará, el cariño se secará, el buen nombre se manchará, la fidelidad se romperá, las amistades se irán, la confianza se escurrirá, todo el porvenir se malogrará. No es posible tener vida de familia donde haya un bebedor. El hogar llorará triste y se cerrará avergonzado.

El vino y los hijos.—Y lo más triste es que los bebedores no sólo se dañan a sí mismos, sino a los hijos a los cuales transmiten tristísimas desgracias. No hay cosa

más averiguada por los médicos que las desgracias y taras heredadas por los niños de padres alcohólicos. Un ejército de niños encanijados, enclenques, paralíticos, idiotas, nerviosos, medio ciegos, medio sordos, medio inútiles, mal inclinados, de inclinaciones e instintos torcidos y perversos, y junto a este ejército, un montón inmenso de niños antes muertos que nacidos, a veces son defecto de la naturaleza o caso eventual o debido a otros accidentes, pero muchísimas veces son flores del mal del alcoholismo, hijos a quienes sus padres bebedores envenenaron antes de nacer.

Uso y abuso. — Usa del vino, si quieres, amigo mío. LA BIBLIA dice que "el vino fué criado para la alegría, no para la embriaguez". Pero no abuses del vino. El vino es fuego; si lo usas con parsimonia te alegrará, te calentará, te iluminará. Pero si lo usas con demasía te abrasará,

te tostará, te cegará, te devorará. Si tienes sed beberás deliciosamente el agua, y en cuanto se apague tu sed no beberás más agua. Mas si bebes vino, aunque bebas mucho querrás beber más, porque el vino no harta, el vino llama al vino, y el que ha bebido beberá.

La virtud de la abstinencia.—Bebe poco; bebe lo menos que puedas; si no lo necesitas no bebas nunca, o no bebas sino en las ocasiones. Cuanto más sobrio seas más prudente serás, y tal vez más sano estarás, y sobre todo, más virtud practicarás. Créeme que la mitad de los hombres beben demasiado, y viven por eso en un estado latente de alcoholismo que ralaja su carácter y destroza su ser. Tú procura mantener serena tu conciencia y no la enturbies con los vapores del alcohol.

R. s. j.

Con las licencias necesarias

Decálogo del Artista

- I.—Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.
- II.—No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás creando a su semejanza.
- III.—No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural alimento del alma.
- IV.—No te será pretexto para la lujuria, ni para la vanidad, sino ejercicio divino.
- V.—No la buscarás en las ferias ni llevarás su obra a ellas, porque la belleza es virgen y la que está en las ferias no es Ella.
- VI.—Subirá de tu corazón a tu canto, y te habrá purificado a tí el primero.
- VII.—Tu belleza se llamara también misericordia, y consolará el corazón de los hombres.
- VIII.—Darás tu obra como un hijo, poniendo en ella tu sangre de mil días..
- IX.—No será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de ser artista.
- X.—De toda la creación saldrás con vergüenza, porque fué inferior a tu sueño.

Gabriela Mistral.

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

Gabriela Mistral

TERCIARIA FRANCISCANA

(De nuestro estimado "Canje", "Revista Franciscana del Perú", extractamos lo siguiente:)

En noviembre próximo pasado el cable lanzaba al mundo la noticia que el Premio Nobel de Literatura de 1945 había sido otorgado a la poetisa chilena Gabriela Mistral, seudónimo de Lucía Godoy Alcayaga. Antes que los 43.000 dólares a que asciende el premio, debemos saber que, quien lo recibe, es colocada en el pináculo de la literatura poética mundial.

CONSULTORIO OPTICO
"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTEs Y ANTEOJOS
 DE TODOS LOS PRECIOS
 Frente al Gran Hotel Costa Rica

Nacida en Vicuña, (Chile), en 1887, a los 8 años, comenzó a escribir versos, ingresada al magisterio, fue directora de escuelas en Punta Arenas, Temuco, Santiago, etc., refractaria a la publicación de sus obras, ellas no obstante se abrieron paso primero en Chile y en el resto de las repúblicas Americanas y Europa. Su primer volumen apareció en 1923.

Los franciscanos se glorían y se regocijan de este honor que ha recibido la señora Lucía Godoy, es que ella pertenece a la Tercera Orden de San Francisco. Cuando estuvo en Lima, una mañana, presentóse en la portería del Convento de San Francisco, demandando "saludar y ponerse a las órdenes de sus Padres Franciscanos pues yo también soy franciscana, pertenezco a la Tercera Orden", y todas las mañanas modestamente vestida, asistía a la Misa Conventual, comulgando en ella con edificante fervor. Tiene bellísimas poesías dedicadas a San Francisco.

La gloria que este Premio significa irradiaba no solamente sobre Chile, sino también sobre toda la América Latina. Es el primer escritor de nuestro Continente a quien se ha galardonado con él.

Al oído de Cristo

Por Gabriela Mistral

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
 Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
 estas pobres gentes del siglo están muertas
 de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
 si te tienen, forma demasiado cruenta,
 sin esas blanduras que aman las mujeres
 y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían con creerte loco,
 no fueran capaces de amarte tampoco
 así, con sus ímpetus laxos y marchitos.

Porque, como Lázaro, ya HIENDEN, YA
 (HIENDEN;
 por no disgregarse, mejor no se mueven.
 ¡Ni el amor, ni el odio les arranca gritos!

¡Oh Cristo!, un dolor les vuelve a hacerles
 (viva
 el alma que les diste y que se ha dormido;
 que se la devuelvan honda y sensitiva,
 casa de amargura, pasión y alarido.

Navidad

NOTA DE LA REDACCION: Por ser muy hermoso el siguiente Motivo de Navidad, lo publicamos con el mayor gusto porque es de un autor muy conocido y admirado de los amantes de la buena literatura en Costa Rica.

Posada.

Hoy, como ayer, Jesús busca posada. Hoy como ayer, se le niega.

¡No hay posada para el niño! Estamos henchidos y apretados de paganía, de egoísmo y de maldad. Cerradas las puertas para El. ¡No cabe! ¡No hay posada!

¡Ah! pero el Niño ha de nacer! El niño tiene que nacer entre nosotros, como en Belén, a pesar de los moradores colmados y sin entrañas. ¡El Niño nace siempre, triunfador en su inerme sonrisa, a despecho de las puertas ceradas a piedra y lodo!

Reyes y Pastores

Fraternizaron en su cuna, para adorarte, pastores y monarcas. Rey y Pastor eres Tú. Y anonadados los reyes, sintiéronse menos que pastores ante la cándida abdicación de tu majestad; y embelesados los pastores se sintieron más que reyes, palpando en su pobreza una consolación desconocida y una insondable dignidad.

Tú has sido, eres y serás hasta el día postrero de la tierra, el único, el irremplazable nudo de luz donde pueden fundirse pastores y monarcas, menesterosos y opulentos. ¡Niño de Belén: mira nuestra

zozobra y nuestro caos! ¡Vence hoy, vence hoy con tu sonrisa y derrite mezcládoslos a los pies de tu cuna, los corazones de los ricos petrificados por el egoísmo y de los pobres empedernidos por el odio!

Como una inmensa gruta

Viene la Nochebuena. Nos acercamos a Belén.

Acerquemonos con el alma desasida de los fangos de la tierra. No los estrépitos mundanos con que nuestra torpeza suele desnaturalizar la Navidad y sus preludios, consumando la monstruosa paradoja de festejar la buena nueva de Jesús con la mala vejez del paganismo, sino el recogimiento luminoso, la encendida ternura, la espiritual alegría que renueve en nosotros la perdida diafanidad, y nos dé el sentido anunciador y divino de la fiesta.

Sólo de la pureza de María pudo Cristo nacer. Sólo la pureza es divinamente fecunda. Apercibámonos, pues con amorosa purificación, para lograr que Cristo nazca en nosotros. Y entreguémoslos en vehemente irradiación apostólica, cooperando a que Cristo nazca y viva también en nuestros hermanos, en nuestra patria, en la cabal anchura de la tierra.

¡Ah, la ambición divina de los sueños! ¿Veremos algún día esa universal Navidad en que los himnos de los ángeles y las claridades de los cielos palpiten y fulguren sobre la totalidad del mundo, como sobre una inmensa gruta de Belén?

ALFONSO JUNCO.

Jornada de Estudios de la Acción Católica de Venezuela

Reproducimos los interesantes estudios que un valioso grupo de inteligentes damas venezolanas hicieron durante una jornada de estudios. Los problemas sociales

más importantes que tanto en Venezuela como en toda América tenemos que afrontar se trataron con conciencia y como resultado publicaron los siguientes, que indu-

dablemente interesarán sus conclusiones a las distinguidas damas y señoritas que en Costa Rica trabajan tan entusiastamente en la Acción Católica.

Entresacando algunos de esos problemas citaremos los siguientes, teniendo en cuenta su interdependencia: **La desorganización familiar**, como fundamento de una serie incalculable de desastres morales; la falta de **vocaciones sacerdotales**, que ocasiona el desequilibrio en la práctica de la vida cristiana. Como si estos dos males de orden interno fueran pequeños, tenemos a la vista los problemas de las extrañas ideologías, que pugnan por penetrar en nuestra Patria: el **Protestantismo** y sus propagandas en el orden religioso y el **Comunismo** con sus estridencias en el orden social.

Aun nos queda otro problema que los envuelve a todos: en la carencia de **educación religiosa**, que cada día se va haciendo más general, a pesar de los esfuerzos de nuestros organismos educativos y del apostolado catequístico sacerdotal.

Mercedes E. Rivas.

POR LA INFANCIA DESVALIDA

Desgraciadamente casi nunca recordamos los católicos la importancia definitiva que tiene, para cada uno, el hecho de ser bautizado. El Evangelio y San Pablo en sus cartas destacan este hecho capital. Por él entramos a vivir la misma vida de Dios y pasamos de simples criaturas a ser hijos adoptivos de Dios, coherederos con Cristo del reino de los cielos. En una palabra, por el Bautismo se fija positivamente nuestro destino eterno. No pensar o descuidar las consecuencias que de aquí se derivan constituye la mayor locura.

Las casas-cunas, de pre-natalidad, de post-natalidad y jardines de infancia representan cada una en su orden un aporte maravilloso para resolver el problema de la infancia desvalida. Pero siempre se debe tener presente que la primera casa-cuna debe ser la familia: a ella le compete,

en un pueblo bien organizado, el peso y el honor de laborar primordialmente en la consolidación del fruto.

Teresa María Picón.

Presidenta Arq' de la UDAC de Mérida.

EL BAUTISMO

ASPECTO TEOLOGICO

Empiezo por la Institución hecha por Nuestro Señor Jesucristo: Cristo les dió a sus Apóstoles el precepto de bautizar cuando les dijo: "Id é instruid a todas las Naciones bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". También dijo Jesucristo: "El que crea y se bautice será salvo".

Consta de las Actas de los Apóstoles que en su primera predicación, el día de Pentecostés, San Pedro bautizó 3.000 convertidos en ese día por su palabra. Y síguense relatando conversiones y bautizos: 5.000 en el pórtico del Templo de Jerusalén; intendente de la Reina de Etiopía, bautizado por Felipe en el camino de Damasco a Gaza; Saulo por Ananías; el Centurión Cornelio que abre a los gentiles las puertas de la Cristiandad, Gamaliel bautizado por San Pedro, y así hasta el día de hoy que cuenta en el mundo con 450.000.000 (450 millones) de Católicos. Sin contar los millones de protestantes y cismáticos bautizados.

Y así como los padres están obligados a subvenir al sustento corporal de sus hijos, a su educación, a su instrucción y antes que todo a respetar el derecho que tienen a la vida, más grave es todavía su obligación espiritual; y la primera de todas, es el derecho de la vida sobre-natural de la gracia, a la regeneración espiritual por medio del Bautismo, gracia que se nos concede sólo por los méritos de Jesucristo, y que nos dá los medios y auxilios necesarios para alcanzar la vida sobrenatural de la gloria, para la que hemos sido creados.

(Continuará)

NOVELA

de su maravilloso camarín —prodigio de arte cuyo fondo crema encuadraba, avalorándola, su magnífica belleza otoñal morena y española—divagaba pensando en la delicia de abstraerse al vórtice de las playas de moda refugiándose en cualquier ignorado rincón con la única compañía de su fidelísima doncella Paquita Ferrero, tan española como ella y tan deseosa de descansar como su dueña seguramente, y no volver a aparecer por su espléndida residencia campestre, Harwing Castle, hasta que los días de Navidad la obligasen a abrir a sus amigos las puertas de la hospitalaria y acogedora mansión feudal donde debía ayudar a Freddy a hacer los honores.

Un poco harta ya del ejetreo de su vida de sociedad, María Teresa Olarriaga sentía la nostalgia de la nuera que la descansase de la pesada tarea. Entonces, ella se retiraría a la casona que las viudas de los Harwing tenían destinada, se alejaría un poco del mundanal ruido y se dedicaría a la piedad y a la beneficencia con todo su fervor de cristiana observante. ¡Pero Freddy parecía tan ajeno a las sugerencias del matrimonio...!

Este pensamiento debió traer a su memoria algún olvidado recuerdo, no muy grato tal vez, porque se arrugó su entrecejo y se la oyó murmurar:

—¡Qué fastidio!

Su mano larga, fina bien cuidada, adornada con valiosas sortijas, se extendió con indolencia hasta apretar el botón del timbre a cuyo llamamiento una pulquérrima doncella, la típica doncella inglesa, sin una arruga en el delantal ni un rasgo expresivo en el rostro bonito, pero perfectamente hermético, compareció en ausencia de Paquita Ferrero, que había salido a cumplimentar encargos de su señora.

—Averigüe usted si lord Harwing está en casa; espero Lucy.

En la tarde que declinaba lenta y transparente, con oleadas de perfumes y murientes gradaciones de color coral, el camarín de lady Harwing tenía una quietud y un recogimiento

como de iglesia. Cuando entró el joven señor de Olarriaga, experimentó algo así como una sensación sedante de reposo y frescura.

—Lucy me ha dicho que me llamabas, mamá —dijo en correctísimo español al besar a su madre—. ¿Cómo es que no has salido?

—Estoy cansadísima, Freddy. Tú no quieres reconocer que a pesar de mi aparente juventud tengo ya edad para ser abuela... Ven: siéntate aquí en el diván... ¿quieres tomar el té conmigo?

—Ya lo creo, mamá; encantado.

Freddy, a pesar de su aspecto seguro, estaba un poquitín intrigado por aquella extraña llamada, pero se abstuvo de hacer ninguna pregunta directa. Por su parte, lady Harwing no encontraba tampoco muy expedito el camino, como lo demostraban los rodeos a que acudía antes de desenvolver por completo su pensar. Cuando el té humeó en las tazas de Sévres y la doncella desapareció tras la seda de un cortinaje, la madre preguntó suavemente al hijo:

—¿Estás muy ocupado esta tarde, Freddy?

—No mucho, mamá... Mejor dicho, nada en absoluto si tú me necesitas.

—Gracias, hijo —suspiró satisfecha la dama—. Entonces, ¿no te importa quedarte aquí conmigo... y que charlamos los dos un rato?

—Al contrario; ya sabes que me encanta estar contigo y que si no estoy más es porque mis quehaceres y tus obligaciones sociales nos lo impiden —aseguró sincera y cordialmente el Duque.

—Bien, bien; te lo agradezco, Freddy. Eres muy bueno para mí. Y celebro que estés tan bien dispuesto para oírme, porque...

Detuvóse, un poco embarazada, lady Harwing. A la legua se advertía que no tenía costumbre de mezclarse en los asuntos de su hijo, y la ingerencia que aquella tarde se veía obligada a llevar a cabo le costaba un esfuerzo enorme.

—¿Vas a pedirme algo? —sonrió Freddy

alentador, consciente de la turbación de su madre.

Vaciló un poco María Teresa Olariaga antes de responder.

—No. No voy a pedirte nada, Freddy. Voy sencillamente a transmitirte un encargo...

—¿Un encargo? —replicó, desorientado, el Duque.

—Sí, un encargo de tu tío lord Lawrence. Anoche estuvimos juntos en la comida de los Graffon, y mientras la gente joven bailaba, mi cuñado me honró con una conversación muy larga.

—¿A propósito de mí? —indagó con invisible curiosidad el muchacho.

—Naturalmente. Primero fué charla, después hicimos comentarios y al remate llegamos a la conclusión que no era otra sino la de hacerte una propuesta para la cual me ha elegido como intermediaria... quizá por un sentimiento de delicadeza muy natural.

En los ojos magníficos de Freddy se leía una perplejidad absoluta. Quizá la madre hubiese preferido un destello de suspicacia que le ahorrara a ella palabras difíciles.

—Te confieso, mamá, que no sé dónde vas a parar, pero siento una curiosidad ateneante. ¿Quieres decirme...?

—Toma otra taza de té... ¿no?... Pues otro pastelito de crema, sí. Ahí va. Cuando eras chiquillo te gustaban mucho... Desde luego que voy a decírtelo todo. Para eso te he llamado.

Y lady Harwing, apurando de un sorbo su taza de té y rehusando con un ademán el dulce que le ofrecía Freddy, se recostó con gesto resignado sobre sus almohadas comentando su explicación con aire de fastidio.

—¿Qué tarde tan hermosa de primavera hace, ¿verdad, hijo...? Pues tu tío me propuso anoche con la mayor seriedad el matrimonio de Bella contigo...

—¿El matrimonio de Bella conmigo? ¿Y a santo de qué? —murmuró el Duque, desconcertado.

—A santo de muchísimas cosas convenientes. En primer lugar, es un entronque nobilísimo, a la altura de nuestra casa; después, se

trata de una de las muchachas más hermosas de la alta sociedad londinense y, por último... Bueno, este último considerando merece especial aclaración. Ya sabes que no teniendo hijos lord Lawrence... (hijos varones) y no los tiene... el título y los bienes vinculados han de pasar forzosamente al pariente varón más próximo, que eres tú. Comprenderás que sería de una conveniencia indiscutible para lord Lawrence que el pariente que ha de heredar su título se decidiese a casarse con su única hija, y no me negarás tampoco que lady Bella Lawrence es lo suficientemente rica, guapa y principal para que lord Harwing se considere satisfecho recibiendo por mujer.

El Duque de Olariaga se había quedado densamente pálido. Dentro del pecho, el corazón le estaba dando unos saltos dolorosísimos. Todo su ser apasionado y vibrante parecía alzarse en una súbita rebeldía. ¡Oh, la imagen serena y luminosa de aquella doña Sol ignorada, pobre y orgullosa! No podía olvidarla. Quizá por saberla tan imposible hallábase más aferrado a su cariño.

—Es la primera vez que me propones un matrimonio, mamá —observó lentamente el Duque, desgranando las palabras con gran esfuerzo—. ¿Tienes mucho interés en que me case con mi prima Bella Lawrence?

Lady Harwing pareció impresionarse por el tono de profunda inquietud con que fueron dichas las últimas palabras.

—Ninguno, Freddy. Ya te dije al comenzar nuestra charla que se trataba de un encargo.

—Pero te gustaría, ¿verdad?

—¿Gustarme...? ¡Qué quieres que te diga! Bella Lawrence es, como todas las muchachas de nuestra clase, un tipo incoloro y sin personalidad. Buena chica, un poco frívola, otro poco coqueta y sin otra idea en el cerebro que la de divertirse mucho y vestirse maravillosamente. Ni mejor, ni peor que las otras, no tengo por qué rechazarla y además te trae la ventaja de ser conocida y afecta y de pertenecer en tu propia familia. ¿Por qué no ha de gustarme? Pero si a mí me fuera dado poder buscarte una compañera según mi entender,

quizá fuese muy diferente de esta encantadora muñeca de salón que tú conoces...

—Y acaso ese ideal, ideal de madre y de mujer inteligente y piadosa, fuese tan parecido al mío que semejas el mismo —declaró pausadamente el Duque con una rápida vislumbre de emoción prestamente reprimida, que, sin embargo, no escapó a su madre.

—¡Cómo! —se asombró lady Harwing—. ¿Tú tienes un ideal? Nunca lo creyera, Freddy.

—¡Por Dios, mamá! ¿Me crees incapaz de enamorarme?

—No es que no te crea apasionado y vehemente, sino harto metido en tus negocios políticos y financieros y en tus trabajos intelectuales, para haber tenido tiempo suficiente de forjar un ideal.

Freddy suspiró. Acaso lady Harwing se sorprendiera mucho más si supiese que el ideal había tomado cuerpo y era el enemigo del reposo y la tranquilidad de aquel inaccesible duque de Olarriaga a quien hacían inútilmente en vano las bellezas casaderas de la aristocracia.

—Pues le forjé, mamá. Siempre hay algún cuarto de hora propicio al sueño. Y te aseguro que no se parece en nada a lady Bella Lawrence... De todas maneras, me tomaré cierto tiempo para relexionar...

—Por nada en el mundo quisiera que violentaras tus sentimientos, Freddy; pero tampoco me seduce la idea de que vayas descartando sistemáticamente todas las proposiciones matrimoniales que te presentan. Estás en la mejor edad de la vida para aunar el sentimiento con la conveniencia en tu enlace, pero ten presente que si te dejas entrar en años será ya a base de un arreglo matrimonial práctico como podrás casarte. Y yo creo que un hombre como tú, merece y debe llevar al altar el amor de una mujer —terminó lady Harwing contemplando con orgullo la alta y apolínea silueta de su hijo, indolentemente retrepado en el diván.

Por los ojos de Freddy pasó una sombra... Sol no le había querido, y era Sol la única mujer a quien su corazón se acercó lleno de

sinceridad y de amor. Rápidamente, María Teresa Olarriaga se inclinó sobre Freddy y recogió el destello de amargura que derramaba la mirada del duque. Instintivamente, su corazón de madre y de mujer sintió hondísimas alarmas.

—¿Qué significa esa pesadumbre que se te escapa por los ojos huyendo del alma, hijo mío? —preguntóle ansiosa, asiéndole con las bellas manos el óvalo perfecto de la cara y escuchándole en sus trazos viriles y próceres con infinita angustia—. Tú sufres, Freddy.

—Sí... —murmuró, hundiendo su cabeza fatigada sobre el hombro maternal—. Para todos hay una hora de dolor en la vida, mamá.

—¡Hijo!... ¿Cómo no me lo dijiste desde el primer día? —se dolió la madre.

—Bastante era que yo sufriese. ¿Para qué tú también? No, por Dios, no te apures. Un fracaso de amor no es cosa tan grave que un hombre animoso no pueda sufrir con fortaleza.

—Un fracaso de amor... ¡tú! —se sublevó la dama, a quien desde la cumbre de su orgullo le parecía imposible que nadie rechazase a aquel hijo—. ¿Y estás muy enamorado, Freddy? —añadió con angustia.

—¿Muy enamorado, mamá? Completamente desquiciado y loco, te lo aseguro. Verdad es que aquella merece la pena. ¡si tú la vieras...! ¡Si tú la conocieras!

—¿Y por qué no te quiere esa mujer? —rezó con cólera la herida madre.

—¡Ah! ¿Por qué no me quiere...?! —sonrió amargamente el Duque—. Porque soy demasiado rico y demasiado gran señor para ella. Inconvenientes de la opulencia y de la nobleza, que alguna vez habían de servir en el mundo para estorbo —añadió con áspera ironía el joven.

—Entonces —se esperanzó la madre con un rayo de luz en la mirada—, no es que no te quiere... ¡es que tiene un exacto concepto de su dignidad... es que es ... orgullosa!

—¿Y qué más da? —contestó desalentado Freddy—. El resultado es el mismo.

—¡Hijo...! ¿y no podría yo hacer algo por ti... mediar cerca de ella, intentar...?

—No... —dijo lentamente Freddy, moviendo la cabeza con intenso desaliento—. Tan sólo pedir a Dios con fervor que mude su voluntad

La pregunta temblaba en los labios de lady Harwing, pero su exquisita delicadeza la contuvo y entre las sombras del crepúsculo se desvaneció como una sombra la legítima curiosidad de la madre que jamás se atrevería a preguntar el nombre de aquella mujer, de bastante mérito para avasallar el corazón rebelde de lord Harwing... y de suficiente desinterés, altivez e hidalguía para rechazar lo que no estaba a la altura de su condición; que esto era lo que se desprendía de las escasas explicaciones de Freddy. Y desde aquel momento, lady Harwing sintió una honda y secreta simpatía por la desconocida mujer a quien amaba su hijo.

—Entonces... ¿qué quieres que le conteste a lord Lawrence? —añadió pasado un buen rato, después de besar tiernamente a Freddy como cuando era niño.

—Nada, mamá; será lo mejor que le conteste yo mismo desde la India.

—¡Ah...! ¿Te vas a la India?

—Sí, he mandado preparar el yate para primeros de mayo. Pienso estar quince días en Bombay y pasar de allí a Norteamérica y al Canadá.

—¿Para mucho tiempo? —inquirió tristemente la madre.

—¿Mucho tiempo? No sé. Tal vez esté fuera cerca de dos años. No me mires así, mamá. Te haré alguna visita en Cannes. Pero déjame marchar. ¿No comprendes que necesito olvidar del todo?

—Bien, hijo; no te digo nada —se resignó la excelente madre—. Pero me has asombrado. Yo creí que irías, como el año pasado a España...

Lady Harwing sintió multiplicarse su asombro y confundirse por completo sus ideas al ver cómo su hijo volvía a palidecer y cómo los rasgos todos de su fisonomía se crispaban con expresión dolorosa. Comprensiva y discreta, no se permitió torturar al muchacho con pregun-

tas imprudentes que acaso abrieran la mal cerrada herida: una herida que sangraba al menor roce, bien lo estaba viendo. Arrimóse más a Freddy y ciñéndole dulcemente el cuello con sus brazos maternales, le besó mil veces murmurándole esas frases de divina dulzura que son como un bálsamo en todos los dolores y que solamente saben modular labios de mujer. El duque de Olarriaga no era en aquella hora de desfallecimiento y de emoción otra cosa que un chiquillo inerte y desolado. muy necesitado de amor y de caricias. Así fué que encontró muy grato poder reposar su pobre cabeza fatigada en el regazo de su madre.

Y allí se estuvo quieto; tan quieto y silencioso que lady Harwing llegó a creer en cierto momento que estaba realmente dormido.

La tarde había cedido su vez a una noche magnífica iluminada por siderales resplandores. Atravesando los cortinajes de muselina entraba hasta el saloncito el débil centelleo de las estrellas, y en aquella oscuridad, en aquella calma, con aquel amor tan grande y tan único de su madre, el corazón dolorido del duque de Olarriaga reposaba feliz.

Lady Harwing no había llamado para que encendiesen las luces y ningún criado se había atrevido a entrar para hacerlo, temerosos de turbar el coloquio de los señores.

Mientras descansaba sobre su corazón la hermosa cabeza viril de Federico Harwing, su único hijo, de quien tan orgullosa se sentía, María Teresa Olarriaga torturaba su memoria... ¿De cuándo dotaba el enamoramiento de la administración de sus bienes, fué substituído Freddy?

Quando vino de España, ella le notó pleno de optimismo. En él se había verificado como un desdoblamiento de otra persona, porque el aspecto frío y grave de hombre serio que tenía desde que muriera su padre y comenzaron a preocuparle las dificultades de la administración de sus bienes, fué substituído por un apasionamiento, una vehemencia y una intensidad de sentimiento desconocida y nueva. Y aquel gozo de vivir, aquella indulgencia, aquella piadosa disculpa siempre a

punto para los yerros ajenos, aquel verlo todo bueno y bello como a través de un prisma de encantamiento, ¿qué eran sino que una gran dicha le rebosaba del alma ahita? De modo q' fué al volver de España cuando la madre le encontró muy otro... ¿Era allí donde encontró a la mujer que hoy le rechazaba? ¿En España?... Pero, no; porque bien claro acababa de decir que deseaba alejarse de Inglaterra para olvidar... ¿Quién sería aquella mujer había quien la madre se sentía atraída y a la evocaba con rencor al mismo tiempo?

Cuando Freddy se desprendió de sus brazos con un beso tiernísimo de hijo agradecido, lady Harwing se atrevió a aventurar una insinuación:

—No me dirás... Freddy?

Este sonrió con una sonrisa rota que hubiese hecho llorar a doña Sol si hubiera podido verla en aquella boca que cuando sonreía tenía la dulzura y el encanto de una boca femenil.

—¿Para qué, mamá? No la conoces, ni la verás en tu vida probablemente. Es una criatura noble, buena y desgraciada. La rodea un gran misterio, causa de su desdicha... y de la mía ¿Qué más te diré? Ella y yo estamos en un caos donde todo es noche cerrada. Pídele a Dios que ilumine esa negrura.

Y antes que lady Harwing pudiese darse cuenta de que se iba, había traspuesto los umbrales del camarín. Los criados, enfundados en la aristocrática librea, que rígidos e inmóviles custodiaban los salones, las antecámaras y los pasillos, viéronle pasar curvándose respetuosos ante él y ninguno de ellos, al envidiar sus riquezas, su nombre glorioso, su juventud esplendorosa y su viril hermosura, adivinó que la ley universal del dolor lo había comprendido. El duque de Olarriaga se deslizó con paso igual y ledo hasta hallar el retiro de su aposento de trabajo. En la contigua sala de dormir, su ayuda de cámara iba y venía silenciosamente preparando el traje de etiqueta que debía vestirse media hora después para asistir a una comida de gala en el palacio de Buckingham con motivo del cumpleaños de un príncipe real.

Freddy ahogó un bostezo de fastidio al recordar la honrosa invitación palatina, sin tener en cuenta que el protocolo le asignaba un puesto envidiable al lado de una joven y hermosísima alteza real, y, ávido de buscar en la dolorosa dulzura de sus memoranzas, puso sus ojos en el magnífico retrato de doña Sol de Alava, trasladado desde el castillo español al palacio londinense.

Así, la sombra amada acompañábase incesante... Sobre un barguño, la arqueta florentina que guardara durante algunos meses el Diario de Sol, cuyas hojas sueltas aún encontró sobre su terciopelo púrpura Freddy Harwing, seguían custodiando como una reliquia menuda escritura estampada en la página anónima... Perfume de juventud y de pureza... Freddy había querido rodearse de todos los objetos que conservaran el hálito, la huella de la existencia amada. Como todos los días, extendió su mano aristocrática hasta la maravillosa argueta y sacó de allí la releída página del Diario.

—“No ha venido el amor, padrinito”.

¿Y ahora? ¿Había venido el amor?

Freddy Harwing era demasiado hombre de mundo, y asaz experto para no haber advertido, en aquellos últimos días mágicos de su convivencia con Sol, un destello de la gran pasión en la luz misteriosa de los ojos oscuros, en las vibraciones exquisitas de la voz musical, en los rubores fugitivos de doña Sol cuando estaba cerca de él, y su mirada viril e intensa se detenía prendida de encanto en los ojos de ella... En aquellos postreros días, en la última visión que de ella conservaba el muchacho, junto a la cruz de don Lope, en el atardecer gris y triste de despedida, Sol se parecía más q' nunca al retrato de la primera duquesa de Olarriaga. No tenía su rostro aquella impasibilidad infantil. Ultimamente, en la expresión había la misma vida intensa y misteriosa que en las facciones del retrato, y es que Sol era ya, como la doña Sol de Alava, una enamorada perfecta. Sobre la mesa de trabajo del joven Duque, igual que sobre la del “padrinito” la descolorida fotografía de una niña —Sol— envuelta en los tules de la Comunión primera, te-

nía la expresión mística de los que viven más en el cielo que en la tierra. Desde el caballete donde había sido colocada, doña Sol de Alava, sonreía, pero en el fondo de su sonrisa y de sus ojos había ardores e inquietudes muy humanos.

Lady Harwing había presenciado la instalación del retrato de su antepasada sin sorprenderse lo más mínimo. Era un lienzo lo suficientemente bueno para explicar un capricho artístico, y no era la primera vez que Freddy los tenía. El retrato de la chiquilla de primera Comunión pasó completamente inadvertido para la madre de Freddy, absorta en la contemplación de su hermosa antepasada, y así, aquella dualidad de fotografías no pudo en manera alguna levantar en ella suspicacias. En cambio, le encantó la arqueta y se extasió ante sus primores.

Pero si lady Harwing hubiese penetrado en las cerradas y enfundadas habitaciones de su hijo al día siguiente de marchar éste a Brighton donde le aguardaba su yate, habríase quedado muy sorprendida al ver que del caballete faltaba el retrato de doña Sol de Alava y que sobre el bargueño no lucía sus primores la arqueta florentina.

XII

En el amplio y magnífico salón donde la embajadora de España recibía a sus amistades los viernes, produjose al entrar lady Harwing un silencio admirativo. Siempre sucedía igual cuando su figura de prócer aparecía envuelta con el manto fascinador de su nombre y de su hermosura.

No había ojos que no se detuvieran en el regio encanto de aquella silueta que parecía no recibir, sino prestar elegancia a los atavíos espléndidos, pero austeros, honestos y señoriles que vestía.

Compuso lady Harwing su expresión como cuidadosa actriz antes de aparecer en el tinglado, y así fué como una sonrisa cordial, brillando en sus labios de impecable curva, disimuló el fastidio que la causaban, desde algún tiempo a aquella parte, todas estas reu-

niones de sociedad. Nadie hubiese podido suponer que estuvo a punto de quedarse en casa leyendo o divagando, en lugar de acudir a saludar a la recién llegada hermana de la embajadora, compatriota, amiga y compañera de colegio: María Josefa Herrero, Marisefa, como la llamaban en la intimidad; la marquesa de Rosalindes para los extraños.

Después de un cambio de saludos sinceros y efusivos, Marisefa Herrero pidió a su sobrina, la hija del embajador, que sirviese té a lady Harwing. La muchacha, muy mona, y muy elegante y muy atenta, se desvivió por atender a María Teresa Olarriaga. Esta contemplaba los movimientos asiduos de la joven recibía sus atenciones esforzándose en tener una incipiente sonrisa irónica. ¡Estaba tan acostumbrada al incienso y a las asiduidades de las calurosas muchachitas del día!

Bien sabía ella que adoraban al santo por la peana, que no era a ella precisamente, sino a lord Harwing, su hijo, a quien ponían cerco lagotero y afectuoso... Lady Harwing había recibido con aire de indiferencia constantes insinuaciones más o menos discretas de las previsoras mamás o de las muchachas deslumbrantes por aquel guapo lord tan rico, tan gran señor y... tan frío... ¡El encanto de lo imposible! ¿Quién sería la que conquistara al inconquistable? Sus ojos, en mirada investigadora, se detuvieron alternativamente en cada una de las jóvenes que habían acudido al viernes de la embajadora. ¿Cuál de ellas sería la que había enamorado a Freddy?

En un ángulo, rodeada de amigas, como ella alegres, y de pollos más o menos casquivanos, que reían con bullicio de juventud feliz, lady Bella Lawrence aparecía rubia, nacarada y gentil como una deliciosa acuarela de Worth... Era, en efecto, una linda muñeca, pero se le antojaba a lady Harwing que distaba mucho de poseer las cualidades relevantes de inteligencia y de corazón que necesitaba Freddy para ser dichoso. Y María Teresa Olarriaga, que era ante todo una buena madre, no quería sólo para su hijo el enlace brillante de acuerdo con su posición y sus cuar-

teles de nobleza, sino también, y sobre todas las cosas, que fuese amado y dichoso.

De sus divagaciones vino a sacarla Marisefa Herrero con la obligada pregunta:

—¿Qué es de tu hijo, María Teresa?

—¿Freddy? —dijo saliendo de su abstracción lady Harwing—. Está bueno; es decir, supongo que lo está, porque hace más de quince días que no sé de él. Se fué a Brighton...

—¿A tomar baños?

—No por Dios..., todavía no ha comenzado la temporada —sonrió lady Harwing—. Fué a embarcar en su yate para emprender un viaje a la India. De un día a otro espero sus noticias.

Marisefa Herrero sorbió lentamente su taza de leche (odiaba el té) y dejó caer adulatoria:

—No tendré el gusto de verle esta primavera...

—Me temo que no: a última hora ni él mismo se entendía con su itinerario. Le acompaña su primo lord Dundley, y discutían entre irse desde la India a las repúblicas sudamericanas o pasarse a Egipto y de allí a las colonias del Cabo y del Transvaal. Regularmente lo correrán todo y en ese caso no creo que acaben en mucho tiempo.

—Es un gran muchacho tu hijo, María Teresa. En Madrid dejé muchas simpatías este verano pasado cuando vino a hacerse cargo de la herencia del pobre Juan Ignacio. Por cierto que todos nos regocijamos de que el título y el patrimonio de la casa de Olarriaga haya ido a parar a tan buenas manos —comentó, con cierta intención, Marisefa Herrero.

Lady Harwing detuvo en ella la mirada limpia y profunda de sus ojos árabes, tan semejantes a los de Sol y a los de la primera duquesa de Olarriaga.

—¿Y a quién, sino a mi hijo, habían de ir a parar? —opuso tranquilamente.

Pero ya una alarma intuitiva y súbita la hizo ponerse en guardia.

—Claro que tu hermano, después de la muerte de su hijo... ¡Pobre Carlos, qué buen chico era...! no tenía ningún otro heredero con

mayores derechos que tú... o Freddy: es lo mismo. Porque José María, tu hermano menor, murió soltero...

—Sí.

—Pero se dicen tantas cosas... ¡Hay qué ver qué poco cuesta urdir una leyenda! Te asombrarías de ver la imaginación que despliega la gente..., nuestra gente, María Teresa, en algunos casos.

—¿De veras? —sonrió lady Harwing, sacudiendo con perfecta indolencia meridional una brizna de helecho que, al caer del búcaro que adornaba con unos claveles la mesita, había quedado haciendo cabriolas sobre el vuelillo de encaje de su manga—. No sabía que hubiese una leyenda a propósito de la herencia de mi hermano. Una herencia que nadie ha discutido; y ya sabes que Juan Ignacio murió sin testar. Razón de más para que si algún heredero se hubiese creído con mejores preferencias se presentara a reclamarlas.

—Pues créete que hubo un momento en que todos esperamos eso, y la noticia de que se reconocía a tu hijo por legítimo y universal heredero del duque de Olarriaga, nos dejó muy sorprendidos a todos...

Lady Harwing tenía la voz un poco alterada al preguntar con tan evidente sinceridad a la marquesa de Rosalindes, que ésta la creyó de buena fe completamente ignorante de las hablillas cortesanas:

—Pero, ¿por qué, Marisefa? ¿Quieres decirme? Palabra de honor que no te entiendo.

—¿No has oído hablar nunca de una niña, una jovencita que vivía con tu hermano? Ella le llamaba padrino, pero, generalmente, se le creía hija de Juan Ignacio.

—¿Hija de Juan Ignacio? —murmuró vagamente lady Harwing—. Te aseguro que no tengo la menor idea de lo que me estás diciendo. ¿Una hija natural, acaso?

—No sé, María Teresa; pero en todo caso, una hija natural reconocida, porque en el Sagrado Corazón, donde se educó con las hijas de mi hermano Tomás, todos la conocían por el apellido de vuestra familia. En cuanto al parecido con los Olarriaga, era portentoso.

—Me asombras, Marisefa. ¿Y cómo esa muchacha no ha reclamado sus derechos? Claro que si no era legítima, el título no podía heredarlo, pero tenía derecho a su parte de herencia. Y lo que más me extraña es que Freddy no sepa tampoco más que yo de este asunto.

—Si nada te ha dicho, nada debe saber.

—¿Y qué ha sido de esa criatura? —preguntó con súbito interés lady Harwing.

—¡Qué sé yo!... Ella vivía en vuestra casa de Aragón con el difunto, y allí debió encontrarla tu hijo..., si es que antes no alzó el vuelo, que bien podría ser, al encontrarse en tan desairada situación. Pero créeme que se os ha criticado mucho.

Lady Harwing palideció intensamente y sus ojos se clavaron entre mortificados y suplícantes en Marisefa Herrero.

—¡Criticarnos! ¿Qué habíamos de hacer si ignorábamos la existencia de esa muchacha? —se excusó lady Harwing.

—Es que la gente no concibe q' la ignoréis —continuó implacablemente la Marquesa—, y, ¡claro!, no encuentra muy piadosa vuestra conducta respecto a esa criatura que, hija o no del duque de Olarriaga, ha sido el consuelo de sus últimos años y a la cual todo el mundo cree que hubiese dejado una buena manda si la muerte no le sorprendiera como le sorprendió tan de repente. El punto extraño en todo esto está en un solo hecho...

—¿Cuál?

—Si era hija del duque de Olarriaga y lo sabía, ¿por qué no sacó los justificantes de su nacimiento y reclamó lo suyo?

—¿Y si es un alma altiva, un carácter orgulloso que prefiere ser pobre a poner al descubierto la bastardía de su origen? —insinuó lady Harwing, pensando exactamente en aquel momento como hubiese pensado ella de encontrarse en las propias circunstancias de Sol.

—¡Bah!... Sutilezas en estos tiempos, y con un puñado de millones en perspectiva —se echó a reír la Marquesa—. No lo pienses. He ahí el misterio. En cuanto a su paradero, es una incógnita. Tal vez se haya puesto a trabajar para ganarse la vida. ¡Pobre muchacha!

Mi hermano, que fué al entierro, cuenta que parecía desesperada.

—¡Calla, por Dios, Marisefa!... Me estás dando la tarde. Ya no podré dormir tranquila hasta que encuentre a esa criatura. ¿No podrías indicarme una pista?

—No; yo no, querida. ¡No sabes lo que siento haberte sacado a colación este negocio!

—añadió hipócritamente—. Pero quien talvez sepa algo en concreto acerca de la muchacha es tu prima Carlota Márquez, que frecuentaba mucho la amistad de Juan Ignacio...

—Sí; Carlota solía acompañarle algunas temporadas en Olarriaga. Pero tampoco en ninguna de las cuatro o cinco cartas que me ha escrito desde que murió mi hermano, ha hecho la menor alusión.

—Pues si esa muchacha ha salido de Olarriaga (y debe haber salido puesto q' tu hijo no te la ha mencionado), nadie más que Carlota Márquez debe saber su paradero. Cuando la muchacha era una niña estaba bajo la inmediata custodia de Carlota, que solía ir a verla al colegio los días de visita y la sacaba con ella en vacaciones cuando tu hermano no podía hacerlo.

—Bien le escribiré a Carlota ¡Qué extraño es todo esto, Marisefa! ¿Y sabes, por casualidad, por dónde anda Carlota?

—¡Cualquiera es capaz de saber por dónde se halla la generala Márquez. A lo mejor la crees en la Tierra y está de veraneo en el planeta Marte. Es una mujer que no pasa tres meses seguidos en un sitio. Este invierno estuvo en Norteamérica...

—Ya lo sé. Me escribió desde Chicago y ya no he tenido más noticias suyas.

—Pues escríbele a Madrid y ya le remitirán la carta. Es probable que ahora se encuentre en Suiza o en Austria.

Lady Harwing se hallaba realmente trastornada, pero hay que hacerle la justicia de que su trastorno, ni por un instante reconoció por causa el temor de que a su hijo le discutiese la posesión de la herencia del duque de Olarriaga aquella nueva heredera desconocida; muy al contrario, su

Continuará.

Chispitas

La causa causal del Paganismo reinante es la ignorancia absoluta de la Religión en la que ha de basarse nuestra vida de Fé. Todo tiene un tinte de frivolidad. Y esa especie de vértigo al cual todos somos arrastrados; viajeros sin parar, empujados más adelante, desabor en todo y paro todo, no es otra cosa que el desconocimiento de cuanto ha de constituir el principio y el fin de nuestros actos. Todo deja un vacío inmenso y el hastío es la consecuencia de cuanto mueve a obrar.

Si se conociera el Catecismo, la figura del Papa se impondrían en el corazón de todos, sintiendo con su propio sentir los dolores de la Iglesia y acatando su infabilidad cuando de Fé y Moral habla...

Saturados de Catecismo, no padecerá Jesús Hostia los abandonos que padece en el Sagrario. No veremos el Sacramento Expuesto en las Iglesias tan poco acompañado. Creeríamos en su Presencia Real. Se buscaría su Adorable Compañía como consuelo supremo, ofreciéndole a nuestra vez el consuelo de nuestro amor!

Sin Catecismo se ignorará siempre la obligación que tenemos de corresponder a la Gracia y la Vida sobrenatural será algo tan fuera del alcance de nuestra voluntad, que jamás podrá ejercer su fecundante bien en las almas.

La enseñanza del Catecismo infundirá tal respeto al Sacramento del Bautismo, que nos libraría de la pesadumbre que causa encontrar tanto adulto sin bautizar, que pone de relieve la escasa fé que se posee, por ignorar toda la importancia de ese Canal de la gracia santificante que nos comunica la filiación divina, dándonos la herencia del cielo...

La Confirmación recobrará por el conocimiento del Catecismo todo el esplendor

que lo aureola al hacernos Soldados de Cristo, capaces de recibir los Dones del Espíritu Santo, pertrechándonos para las batallas de la vida, capacitándonos para la defensa que nuestra Fé ha de menester.

La Penitencia no será una fórmula de acallar la conciencia buscando tan sólo el perdón de las faltas, sino medio seguro de adelantamiento espiritual, al ir a recibirlo con el dolor profundo que debe causar la ofensa hecha a Dios y el propósito de corregir cuanto nos lleva a la transgresión de la Ley...

La Extrema Unción dejará de ser un Sacramento casi nulo, pues una mayoría llama al Sacerdote cuando ya su deudo ha pisado los umbrales de la eternidad, privándolo de recibir no tan sólo la purificación de los sentidos, sino la posibilidad de curar, como muchas veces ha pasado...

El matrimonio lucirá su grandeza; será respetada su augusta misión creadora y su indisolubilidad prenderá en quienes lo contraen, el espíritu del sacrificio que tan necesario es para hacer llevadero el paso por la tierra, con la serenidad que produce la esperanza del Cielo...

Catecismo para grandes y para chicos y la Eucaristía producirá todo el fruto que se propuso el Señor al quedarse entre nosotros como alimento, medicina, fortaleza, refugio, luz, guía, divinizándonos con su contacto divino pudiendo exclamar sin mentir: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta"...

Del manantial de bienes que constituye el conocimiento del Catecismo, se sacará de manera especialísima la sublime convicción del inestimable valor del sacerdocio, Católico! Se verá en el sacerdote, el Representante de Dios, el Canal de sus Gracias, el depositario de las Riquezas de la Igle-

sia, el maestro de la verdad y encomendándole al señor, de manera singular se le servirá, formando cada corazón una coraza que le defiende del enemigo común de las almas...

Se considerará el seminario como algo tan propio, que cada cristiano verá en esa Atalaya del Amor más puro, la Academia de donde han de salir los soldados que ocuparán las avanzadas del Deber, para defender los derechos de todos.

Que nuestra jornada de Estudio nos obligue más y más a buscar el reino de Dios y su justicia que lo demás se nos dará por añadidura, y que la convicción profunda de la necesidad inaplazable de hacer conocer el Catecismo, nos lleve a todos a ser Catequistas...

María Josefa Aristeguieta.

Caracas 1944.

PARA SUS REGALOS

EN LA FARMACIA FISCHER

Encontrará las mejores marcas en perfumería. Además, existencia permanente en Penicilina, Sueros y Vacunas. Despacho inmediato de recetas. Servicio a domicilio. Teléfono 4877.

Mensaje a los Padres de Familia

(Para "EL HOGAR INFANTIL")

Es una fuerte necesidad social la que se siente, y es un instinto natural que impulsa al hombre como al niño, a buscar la compañía de otras personas, con el objeto de conversar, jugar, o hacer vida de convivencia social.

El hombre como el niño, en el transcurso de la vida, llegan a tener muchos amigos, muchos conocidos, pero entre todos éstos, hay uno por el que se siente mayor inclinación, se le prefiere entre los demás, éste es el amigo íntimo, a quien hacemos depositario de nuestros secretos, de nuestras alegrías o pesares.

Pero ¿qué quiere decir amigo íntimo?

El verdadero amigo, es como el primer hermano, y en algunos casos es más que un hermano, a quien se quiere mucho con toda sinceridad.

El amigo es el fiel compañero de estu-

dios, de juegos, de trabajos, y de las mil aventuras, que nos acompaña hasta la muerte.

El verdadero amigo, es el primero que nos visita cuando estamos enfermos; el que nos hace reír cuando estamos tristes; el que nos alienta cuando estamos vencidos.

El buen amigo, es el que nos ayuda, el que nos defiende, el que nos aconseja siempre, para que seamos buenos hombres.

El amigo sincero, es el que reconoce nuestros méritos y nos aplaude por todo lo bueno que realizamos; así como también, desaprueba y se molesta, por todo lo malo que hacemos.

Tener un buen amigo, es disfrutar de un tesoro!

La intimidad entre dos amigos nace de

la íntima comprensión. Se inicia por la afinidad espiritual, por la semejanza de sentimientos que a ambos domina, por la correspondencia de los mismos ideales y aspiraciones.

No hay hombre por feliz o desgraciado que sea, que no tenga su historia íntima, sus secretos, sus ilusiones y esperanzas, sus tristezas y sus pesares.

El hombre no puede vivir tranquilo, si es el dolor o la alegría lo que le domina. Porque si es la felicidad la que inunda el espíritu del individuo, no podrá guardarla y mantenerla en secreto, porque la felicidad solamente se completa cuando se participa con otra persona, o se le hace conocer por lo menos.

Si es el dolor el que roe el corazón, o es una pena honda la que atormenta el espíritu, se siente la tremenda angustia de algo extraño que desgarrar el corazón, un inmenso que nos oprime, que lo cargamos auestas y que no lo podemos soportar.

Solamente se suaviza el dolor, la pena se mitiga, cuando encontramos al amigo confidente, al que hacemos partícipe de nuestra desgracia. Se siente un gran alivio, como que el corazón se desahoga, terminando el espíritu por resignarse para buscar su propio equilibrio.

Se puede decir, que el hombre comienza a practicar la generosidad, el altruismo y comienza a ser bueno, desde el momento que ha conseguido al amigo íntimo, por quien tiene que luchar, si es necesario exponerse hasta el sacrificio.

Al hombre se le mide y se le conoce por el valor que da a la amistad, y por la forma de comportarse con el verdadero amigo.

De acuerdo con las consideraciones expuestas, el padre o la madre de familia, tienen que ocuparse seriamente, con mucho tino, en conocer al amigo de su hijo, para saber si es un niño correcto, de buenos sentimientos, porque de lo contrario, el hijo estará expuesto a cometer toda clase de travesuras y de aventuras, hasta lle-

gar a los accidentes, por insinuación y consejo del mal amigo.

El hijo de un momento a otro cambia de carácter, y se convierte en la pesadilla del hogar, hasta causar la desesperación de los padres, porque se ha transformado en un sujeto haragán, insolente, irresponsable, sin aspiraciones, a quien nada le importa la tranquilidad y el buen nombre de los padres.

Está comprobado, que el niño por instinto natural, por necesidad social, tiene la tendencia a buscar por compañero de sus juegos al niño de su misma edad, que puede ser el pariente, el vecino o el compañero de la escuela, pero jamás el niño se preocupa en averiguar y analizar las tendencias, los sentimientos y los instintos del amigo.

El niño no hace sino proceder de una manera espontánea para buscar a otro niño con quien jugar, aunque en algunos casos el amigo le resulte un tirano, un verdugo que lo castiga, que lo humilla, que le obliga a cometer toda clase de fechorías, porque el amigo, por la fuerza se hace obedecer en todos sus caprichos y arbitrariedades, apocando el carácter del niño, pervirtiendo sus sentimientos, y terminando por convertirse en una víctima resignada y sumisa, sin participar a sus padres ni al maestro, del mal trato que recibe del supuesto y mal amigo.

El niño obedece con facilidad al amigo, hasta siente placer en practicar sus insinuaciones y sugerencias, sin importarle nada, los buenos consejos de los padres y del maestro.

Imita con fidelidad, y hasta llega a superar los amaneramientos, las costumbres y el mal ejemplo del amigo, llevando cada día el niño a su hogar muchas novedades y extravagancias, que sorprenden a sus padres, y los exponen en complicaciones y trances difíciles.

Para evitar los malos ratos que dan los hijos en el hogar, el padre de familia está obligado a observar e investigar la con-

ducta del amigo de su hijo, y, solamente, después que lo haya estudiado y tratado, podrá decidirse bien para que continúe cultivando esta amistad con su hijo, o para alejarlo de la casa con mucha prudencia y sagacidad.

Si el amigo que se ha elegido para el niño, es correcto y ha dado pruebas de ser un buen muchacho, los padres deben tratar disimuladamente de atraerlo, para que frecuente la casa, dándoseles oportunidades para que se hagan buenos amigos.

Si el amigo es un sujeto peligroso, los padres deben proceder con tino, para evitar que el hijo continúe cultivando esta amistad, de modo que no se hiera el amor propio del niño ni del amigo, porque si éstos llegan a enterarse de la oposición del padre de familia, esta oposición puede convertirse en estímulo para estrechar y hacer más fuertes los lazos de amistad.

En estos momentos de quiebra moral,

en que la amistad ha perdido todo su valor, en la que el hombre ha dejado de ser amigo del hombre, es necesario que los padres de familia, así como los maestros, se preocupen porque los niños, cultiven la verdadera y sincera amistad, para que sean buenos camaradas, correctos compañeros, y más tarde, verdaderos hombres.

Es muy triste constatar en estos tiempos, aquel refrán que dice: "Hay amigos solamente cuando hay higos". Esta es la amistad acondicionada al interés.

Cuando el individuo disfruta de alguna ventaja o posición económica, es entonces cuando abundan los amigos que sonríen y adulan; pero tan pronto como el individuo pierde estas ventajas, los falsos amigos huyen, nos niegan el saludo, y hasta nos desconocen.

Otro problema que debe tener muy presente el padre de familia, es el hijo único, el niño que no tiene hermanitos, que

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

vive solo y aislado de los niños. Es necesario que el padre de familia se preocupe en buscar un amigo para su hijo, para que jueguen y compartan de las mismas alegrías que tonifican el espíritu.

El padre de familia no debe abrigar ningún temor, cuando el amigo de su hijo es de más edad. La edad no influye mucho, lo que produce mayor efecto, son los buenos instintos y sentimientos del amigo.

Padre de familia, por todo lo que acabáis de leer buscad para vuestros hijos los mejores amigos, con la seguridad que ellos influirán más tarde en el porvenir de vuestros hijos.

NICANOR RIVERA CACERES

Director del "Instituto de Experimentación Educativa".

Lima (Rep. del Perú)

Uno de tantos aletazos que marcaron mi vida

Me quedé asombrado de ver en forma palpable cómo Dios recompensa dando el mil por uno y aún más. Jamás podría yo corresponder con cosas materiales al don de aquella humilde Novicia. Quedé impotente para agradecer al grado que mi corazón dictaba. Sólo Dios podía dar aquellas cosas que yo a mi vez para la religiosa deseaba.

No volví a ver a Sor María de la Luz, sino hasta el día de su profesión solemne, la cual se verificó como todas las actividades del Convento, en perfecta clausura.

Cuando se levantó el negro velo que cubría la reja del coro y apareció la procesión de religiosas vela en mano cantando y acompañando a las Novicias que iban a profesar, ataviadas en blancos trajes de novia, cubiertas las cabezas de velos transparentes y coronadas de azahares, casi no pude reconocer cuál era Sor María de la Luz.

La belleza morena de fresca sonrisa luminosa, de ojos brillantes llenos de una flama espiritual interior, era ahora una blanca y pálida flor con ojos bajos, cuyos labios apenas se movían para cantar el salmo.

Su aspecto vaporoso daba la sensación de algo etéreo y la cauda del traje le hacía aparecer mucho más alta.

Una vez que la reconocía, no pude quitar los ojos de ella durante toda la ceremonia. Mantuvo una dignidad y natural dul-

zura que superaba a las maneras de la mejor dama nacida en nobleza, y cuando por fin, despojada de todos los atavíos nupciales, volvió a aparecer vistiendo el hábito de profesa, coronada de flores enlazadas en corona de plata y recubierta de amplia capa de brocado antiguo azul, la palma en una mano y en la otra una preciosa escultura pequeña del Niño Jesús revestido de preciosos bordados de oro, era todo un cuadro animado de las monjas del Siglo XVIII, evocadora personificación de un México esplendoroso a la par que lleno de piedad religiosa, ya desaparecido de las grandes urbes modernas, pero aún vibrando en esta emocionante ceremonia que tenía yo el privilegio de presenciar. Aquello me daba la certidumbre de que la grandeza de la Iglesia Católica no ha muerto en el corazón de México y resurgirá más radiante algún día feliz, gracias a estas monjas abnegadas que han sabido mantener viva la llama en la oculta lámpara de su Convento.

CARLOS MARIA JIMENEZ

EUGENIO JIMENEZ

Abogados

Quedó allí Sor María de la Luz por unos minutos, bajos los ojos y con una sonrisa dulcísima en los labios marchitos. Una perfecta paz, una santa felicidad irradiaba de su persona.

Por último, bajó el velo negro que ocultó para siempre el cuadro, pero su belleza de retablo antiguo, quedó grabada para siempre en mi memoria como una de las cosas perfectas que he presenciado en mi vida.

El día en que mi madre murió, le ha-

bían puesto, sin pensarlo, pocos momentos antes de su muerte, para que sostuviera su cuerpo y tomara alimento, el cojín hecho por Sor María de la Luz. Fué caricia para el sér que más amé en la vida. ¿Qué mejor uso podía haber tenido?

La última vez que volví a ver a Sor María de la Luz, fué la víspera de mi partida rumbo al Perú donde yo entraría, a mi vez en religión. —Sí, hermano, vaya tranquilo, me dijo: ¡Dios y la Virgen han concedido el favor que tanto pedí para usted!!

El Periódico

La prensa periódica, la noble cultivadora de la idea, que imita con su líneas apretadas de escritura al cultivador del suelo, el cual, puntando pacientemente surco a surco como el poeta sus versos, escribe cada día sobre el haz de la tierra una estrofa de ese poema inmortal que cantó Virgilio, más grande que la "Odisea" y que "Ramaya" y que por la noche, al transmitir a sus hijos el caudal de la sabiduría popular recibido por tradición en refranes, cantares, romances, enigmas, fórmulas y cuentos, no se olvida de enseñarles la identidad substancial que existe entre la labor del que ara y siembra la tierra y la del que cultiva esos otros campos espirituales que llamamos periódicos, con aquella adivinanza más vieja que el viejo Gutemberg: "tierra blanca simiente negra, cinco bueyes a una reja", siendo tierra blanca el papel, simiente negra la tinta,

cinco bueyes los cinco dedos de la mano, y la reja la pluma, esa pluma con que el sabio va trazando surcos en el espíritu y enterrando en ellos la simiente de doctrina, de que frontan siglo tras siglo, como bendecida cosecha de civilizaciones.

El periódico, la prensa, es en suma, el cuarto poder de toda organización estatal, como acertadamente se le ha calificado.

Tiene, pues, prerrogativas inalienables ante los demás poderes, y, por tanto, débesele reconocer la plenitud del Derecho y Libertad de emisión del pensamiento.

Para los pueblos, la libertad es el alma. Quitándosela, mueren. No es racional, ni justo, ni cristiano, someter al ajeno albedrío al albedrío propio. El Universo será más grande moralmente, y más fuerte espiritualmente, cuando no haya amos ni criados.

Simón Bolívar

Los Libros

Son los libros los que nos procuran los más grandes placeres, y los hombres quienes nos causan los más profundos dolores.

Joubert

Entre los placeres diversos que la Providencia ha deparado a los humanos, el amor a los libros es aquel que, después de haber procurado durante la prosperidad las más grandes, las más verdaderas satisfacciones, dispensa, en todos los dolores de

la vida, las más dulces, las más puras, las más perdurables consolaciones.—

Tebaut de Latour,

La lectura de todos los buenos libros es como una plática con los hombres más discretos de los siglos pasados, que han sido los autores, y hasta una conversación premeditada en la cual ellos nos revelan lo mejor de sus pensamientos.

Descartes

Doña Aurelia Alfaro de Rivera

En la ciudad de Cartago el día 9 de diciembre pasado, descansó en la paz del Señor, confortada con los Santos Sacramentos, la virtuosa señora doña Aurelia Alfaro de Rivera, rodeada del cariño de sus buenos hijos que la veneraban porque era una madre muy santa. Los que tuvimos la dicha de conocerla, siempre la considerábamos como una elegida del Señor para sufrir y ella con su piedad y amor a Dios aceptaba todas las cruces con amor y una paciencia que sólo los santos pueden tener. Adoraba a su querida hijita Dinorha pues era la mimada de su corazón por ser también una elegida del Señor para sufrir desde sus más tiernos años; esperando siempre un milagro para que la dulce niña pudiera como otros niños gozar de la vida.

MEMENTUM

Pasan las horas, los días, las semanas, los años y los siglos, como pasan los momentos de cuanto es transitorio, como pasan las épocas en la historia de los pueblos, como pasa la existencia de la humanidad y, en la eternidad del tiempo, todo es un soplo. Un día fue el primero de nuestra vida material; para todos en la memoria de los hombres, fue ayer. El anciano, en sus recuerdos, siente opresión del alma y suspira; el joven, en sus ilusiones, canta a la vida y desborda entusiasmo; el niño, en sus juegos, retoza y sueña...

Un filósofo (en la meditación todos los somos) contempla el pasado, lo compara con el presente y vislumbra el porvenir; penas, lágrimas, congojas y muerte, como antesala de una vida mejor, como vestíbulo del Paraíso de la luz... La cuna y el sepulcro se bañan en lágrimas que hacen brotar la luz del "Más allá..."

Pero el corazón de Jesús tiene sus elegidos, a quienes envía parte de sus dolores, para que lo acompañen y reparen las ofensas que le infieren tantos hijos ingratos que se olvidan que nadie sufrió más que El en la Cruz y todo por redimirnos. y esos elegidos recibirán el premio de su paciencia para sufrir por el inmenso amor que siempre han tenido para su Dios.

Nos imaginamos a nuestra querida amiga Aurelia en el Cielo, bendiciendo a Dinorha, y gozando al verla como a una Nelly del Dios Santo, la Violeta del Santísimo Sacramento, la que también como Dinorha fué elegida para permanecer inmóvil en su sillita de enfermita, y qué corona tiene ahora en el Cielo, pues por ella el Santo Papa Pío X concedió a los niños el permiso de recibir al Jesús Sacramentado apenas tuvieran uso de razón!

Los Santos en el Cielo gozan de tanta felicidad que si ellos pudieran volver a la tierra y sufrir muchísimo para merecer más gloria, con gusto lo harían, pero tienen que conformarse con la gloria que merece la vida de cada uno de ellos. Y es por ello que pensamos que Dña. Aurelia al ver a su hijita cumpliendo la voluntad de Dios con tanta paciencia, con tanto amor debe sentirse feliz y bendecirla y acompañarla siempre para que continúe santificándose en la tierra para recibir una gran corona en el cielo y estar muy cerca del Niñito Dios a quien tanto ama.

Enviamos nuestro más sentido pésame a sus buenos hijos que Dios les de mucha resignación cristiana en tan grande prueba. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Aurelia.

Sara Casal Vda. de Quirós

La Mujer Moderna

Con este título se nombra a la mujer tanto para denigrarla cuanto para enaltecerla.

Los primeros conceptúan que **Mujer Moderna** es únicamente la que carente de virtudes y de cultura, sólo vive para el mundo contaminada de todo lo prohibido: la que dedica su tiempo dentro del hogar al maquillaje, transformando su fisonomía en una máscara, más o menos simpática y artística a fuerza de depilaciones, coloretes y amarilletes (ya no se blanquean) preparándose así para la vida galante, en la que necesita toda clase de artificios para agradar; la que por atender a estas liviandades descuida al esposo y a los hijos, dejando el hogar al manejo de sirvientas, más o menos cuidadosas, dando por resultado la constante mortificación e inevitables disgustos del hogar donde la mujer no manda ni vigila; y fuera de él abusa de la libertad adquirida por debilidad de padres y esposos, o lo que es peor, por indiferencia de los últimos que habiéndoles perdido la estimación, poco les importa lo que ellas hagan durante las horas en que ellos trabajan en la oficina o en el almacén. Lo que pudo ser al principio pesar e inconformidad, acaba por convertirse en asco y desprecio. Allá ellas! No son todas, pero que las hay, las hay.

Otros dicen que **Mujer Moderna** es la que estudia y aprende; la que procura capacitarse para desempeñar los cargos que reveses de fortuna, soltería incurable o viudez prematura, les salgan al paso, con acierto y eficacia. De aquí que sea un imperativo inmediato que gobierno y particulares, todos, se preocupen de la mujer para educarla de preferencia al hombre como hasta hoy ha sucedido, con sobra de injusticia.

Al tratarse del porvenir de nuestras mujeres, no podemos olvidar su glorioso pasado de patriotismo desinteresado y heroico, probado no solamente en el patíbulo, sino en centenares de ocasiones en que supo ofrendar las vidas de sus hijos, que se aman

más que la propia; y la vida del espíritu que integra la ideología de la mujer sopor-tando estoica los sacrificios de las luchas patrias, las pérdidas del hogar, el destierro y la persecución y tantos otros dolores que sufrieron las mujeres de la Independencia Colombiana.

El trabajo no demerita a la mujer, la enaltece: ya sea obrera en el taller o en el salón de modas, empleada en oficinas y comercio, buscando el sustento de los suyos, es su trabajo honrado, crisol donde se funden las virtudes y se depuran los vicios.

Y en ese otro sector de actividades y cuidados que las gentes no osan discutirle, su labor incansable en la beneficencia y su preocupación por el bien de los suyos y de los ajenos, entre caridades que no publican, porque así son más hermosas y más satisfactorias para el que da y recibe, remediando miserias y consolando dolores.

De aquella educación mística y doméstica a que llegaba la generalidad de las damas santafereñas, propicia a la vida sumisa y de complacencia hogareña; en un continuo desvivirse en los diarios menesteres, acumulando sinnúmero de obligaciones sin retribución espiritual, ni halago; de aquel aprendizaje incompleto de educación artística, como obras manuales, algo de música, considerado como clases de adorno, medios de distracción o de barniz so-

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

cial que se realizaba únicamente en la adolescencia, se ha transformado y empleado en educación integral no limitada totalmente a edades o estados civiles. Por esto la mujer comienza a salir airoso en la lucha diaria y está alcanzando su independencia económica en el buen deseo de bastarse a sí misma, cooperando al bienestar de todos y al disfrute de los bienes y alegría que el progreso proporciona.

La disposición de la mujer al estudio de las ciencias se debe propulsar y facilitar hasta convertirlo en consagración por vocación para ella y disposición individual, con amplio y elevado desarrollo de su personalidad investigadora, hasta conseguir que ellas lleguen victoriosas a la cumbre de sus aspiraciones e ideales.

Es preciso que la mujer artista no siga de parásito familiar, tampoco como la indigente profesional que se agota entre esperanzas irrealizables de ampliación de estudios y sueños de gloria, con despertar de miserias y desengaños.

La mujer artista, sea poetisa, pintora, música o escultora,—que todo esto tenemos—tiene que ser, porque sus talentos así lo exigen, persona que pueda gozar ampliamente la emoción estética a la par que aprovecharse de su labor honrosa y grande, porque implica un **dón** de la naturaleza para emocionarse con la belleza y sentirla, que no todas las gentes pueden poseer. La mujer artista necesita los medios de vida como cualquier otro individuo y requie-

re más, necesita ese ambiente especial e inherente a la cultura propia al arte que posee para superarse en su obra, cada día con mayor empeño, sin dejarse atrofiar la mente ni decaer el entusiasmo por la cotidiana preocupación de la existencia mediocre, sin facilidades ni instrumentos y útiles indispensables, malgastando un tiempo preciso en que debiera vivir la vida plena de su arte, en ocupaciones antagónicas a la inclinación de su espíritu, en placentera labor donde ponga la inteligencia, el gusto, el interés, el alma!

Parece que comienza a disiparse la bruma de incompreensión que envolvía hasta ahogarla casi, a la mujer moderna vista por esta faz.

Para que la mujer moderna, dentro de sanas aspiraciones y nobles ideales, pueda ver realizados con éxito sus anhelos de liberación en el porvenir, necesitamos que haya público consciente para recitales pagados; estímulo eficiente para las exposiciones de pintura y escultura; críticos honrados que levanten el ánimo a las que empiezan a mostrarse, a las luchadoras profesionales; a las intelectuales que escriben; a las historiadoras que investigan; a las artífices que de un oficio hacen obras de arte! Nos falta apoyo en los maestros, consideración en nuestros compatriotas, confianza y voces de cordial fraternidad en la opinión general y más y mejor atención privada y oficial.

Gloria Maud-

Todo por los niños!...

¡Llorar! Si con llorar yo calmaría
la angustia de algún niño desdichado
con lágrimas seguro formaría
un mar, como ninguno, desolado.

¡Cantar! Si con cantar conseguiría
la dicha hacer de un niño abandonado,
cantando hasta morir me pasaría,
cantando como nunca he cantado!

¡Orar! Si con orar devotamente

no habrían pobres en el mundo
por siempre oraría gemebundo...

Y al fin con morir, eternamente
no habrían para niños más abrojos,
¡dichoso cerraría yo los ojos...!

Armando Casquero Alcántara.
(Peruano)

El Sargento Fusilado

Un sargento ha sido condenado a muerte, en Consejo de Guerra por una grave infracción. En capilla está; conrito con santa pesadumbre, le pide a Dios misericordia. Una joven hermosa fuerza la guardia del dictador; desesperada, loca, penetra en su habitaciones, cae a sus plantas, hiere los cielos con ayes de dolor amorosísimo.

El general permanece inexorable; la sentencia será cumplida. La pobre muchacha, media muerta, es arrastrada afura. Su prometido va a morir; los santos esponsales van a ser rotos en la puerta del himoneo.

Esa misma noche, a las dos de la mañana, cuando todos estaban durmiendo, una sombra comparecía misteriosamente en la sala del dictador; era una mujer, vestido de negro, a quien seguía un oficial. El dictador tuvo con ella una corta plática y la despidió. A la oración del día llegado, entre oscuro y claro, un piquete de soldados, con la caja fúnebre, salía por la muralla del Pto. Cabello; el sargento pálido, pero firme se hinca al borde de la sepultura cavada para él en ese mismo sitio, al pie del fuerte. "¡Pelotón fuego!" sentenciado cae, cuan largo es, dentro del a-

gujero. Al otro día, sus camaradas fueron a ver la tierra fresca que cumbria el cadáver de su amigo, y lloraron sin maldecir a su general.

Muchos años después, cuando se supo en Venezuela el fallecimiento de Bolívar, un viejo se dirigía a la iglesia de una aldea de los Llanos, seguido de su mujer y sus hijos, todos de luto. Oyeron, con devoción, la misa que el mism había mandado decir por el alma del Libertador y se volvieron a su casa, cuyas ventanas y puertas fueron cerradas. No comió ese día la familia, y la gente de la calle oyó dentro un lastimero llanto hasta la media noche. Era ese viejo el sargento fusilado al pie del fuerte. Así es como los grandes capitanes combinan las duras prescripciones de la política con las suaves exigencias de la humanidad. El culpado pasó por muerto para todos y vivió feliz con otro nombre en un rincón oscuro bendiciendo, junto con su esposa, la memoria de su general y salvador. Cuando éste hubo fallecido lo lloró como a su padre idolatrado.

Juan Montalvo.

Y el dolor... ¿Para qué?

El mar tranquilo es un espejo en que se mira el cielo: si estuviera siempre tranquilo creerían las aves que era el cielo, con peligro de naufragar.

¿No entendéis lo que digo?

La mayor tentación de los hombres, la más peligrosa; sería un mundo sin tentaciones, un destierro que pareciese Patria, una tierra que pareciese Cielo.

Cuando se inunda el valle, corre la gente hacia los montes: eso es cabalmente lo que pretende el inventor de los dolores humanos con las tribulaciones que nos envía: hacernos subir!

Los sufrimientos de la vida dan peso

y seriedad al alma. Nada hace tan reflexivo al hombre como las lágrimas bien lloradas. Nada le reconoce tanto "en su casa" como las lluvias y tormentas de la vida. Nada se opone tanto a la femenil ligereza como el invierno del alma: No hay mariposa en el invierno!

Pasa el vendaval por las eras, y levanta torbellinos de polvo; pasa por los huertos floridos, y se lleva una nube de perfumes.

¡Qué efectos tan diferentes produce la tribulación en las diversas almas!...

Amado Neruo.

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari.

Huevos poche con harina de maíz

Poner en una cacerola un litro de agua con un poquito de sal. Calacarla sobre el fuego y cuando suelte el hervor agregarle 200 grs. de harina de maíz y revolver con cuchara de madera. Cocer a fuego lento revolviendo muy a menudo y agregar por último 50 grs. de mantequilla.

Hacer seis u ocho huevos poché poniendo en una cacerola baja: agua, medio vaso de vinagre y sal. Colocar sobre el fuego y cuando hierva se hacen los huevos uno por uno, dejándolos cocer tres minutos; luego se retiran y se dejan al calorcito.

Preparar una salsita de tomate dorando en media taza de aceite una cebolla grande picada, agregarle tomates pelados y picados, se cocinan un momento y se les agrega una cucharada de hongos remojados y picados, un vasito de vino, sal, pimienta y una cucharada de azúcar, una hoja de laurel y perejil picado. Se cocina todo un momento hasta que quede reducida.

Una vez esto preparado se coloca la polenta en una fuente, sobre ésta los huevos, queso rallado y la salsa cubriéndolo todo.

Sesos a la criolla

Preparar dos sesos, limpiarlos bien, pasarlos por agua hirviendo y cortarlos en rebanadas.

Enmantecar una fuente de horno y de mesa, acomodar en ella una capa de sesos, una de papas cortadas en rebanadas finas, una capa de pan rallado, queso rallado, perejil y apio picadito fino, sal, pimienta y otra camada de sesos, otra de papas y así hasta llenar la fuente, cuidando de que en la parte superior quede pan rallado y queso. Ponerle por encima de todo una taza

de aceite, media tacita de agua y unos trocitos de mantequilla; tapar la fuente y cocer en el horno a temperatura regular.

Algo sobre compotas

Una compota liviana de manzanas se prepara poniendo en una cacerolita $\frac{3}{4}$ de litro de agua y cuatro o cinco cucharadas de azúcar. Cuando hierve agregarle dos manzanas grandes o tres medianas, peladas y cortadas en cascos gruesos. Se deja hervir a fuego lento, y una vez cocida se retira.

Para preparar una compota mixta de manzanas frescas, orejones de durazno y ciruelas, deberán ponerse primeramente en remojo los orejones y ciruelas bien lavados. Una vez hinchados se colocan sobre el fuego con la misma agua en que se remojaron, se les agrega azúcar a gusto y se dejan hervir despacio unos minutos. Después se agregan las manzanas peladas y cortadas y se deja hervir todo junto hasta que éstas estén cocidas.

Una compota de manzanas secas se prepara pelando seis manzanas; cortarlas después en pedacitos chicos, colocarlos en una cacerolita, agregarles una taza de azúcar, cuatro cucharadas de agua y poner a fuego fuerte hasta que las manzanas estén bien cocidas y el jugo y el agua reducidos, es decir, que esté sequita.

La compota de peras se prepara pelando doce peras, se rocían con un poquito de jugo de limón y se cortan por la mitad a lo largo. Poner en una cacerola un litro de agua, 350 grs. de azúcar y una barra de vainilla, colocar al fuego y dejar hervir unos minutos; agregar las peras y dejarlas hervir hasta que estén bien cocidas. Esta compota es muy delicada y muy rica.

CONSIGANOS SUSCRITORES

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica